

Género y masculinidad*

Javier Alatorre Rico** y Nelson Minello Martini***

RESUMEN: En este artículo se revisan los problemas y posibilidades teóricas de la masculinidad como categoría explicativa. En primer lugar, se indica la imprecisión y ausencia de límites claros de esa categoría y los problemas implícitos en el terreno metodológico y práctico. En segundo lugar, se propone explorar la delimitación de la masculinidad dentro de la categoría de género, para proponer finalmente un abordaje que conciba a lo masculino como un sujeto social que se ubica en una posición de control, autoridad y con privilegios en las relaciones y actividades organizadas socialmente. La definición de este sujeto social alude al cuerpo del macho de la especie humana, pero sin ser determinada por el cuerpo biológico. La masculinidad como herramienta heurística puede contribuir al entendimiento de los problemas en diferentes ámbitos, como las relaciones familiares, las relaciones en el trabajo, la sexualidad, la salud, la educación, la participación política o la violencia, ámbitos en donde las relaciones se organizan jerárquicamente, resultando en situaciones de desventaja para unos sujetos (femeninos) y de dominio y privilegios para otros (masculinos).

ABSTRACT: Problems and theoretical possibilities of masculinity, as an explaining category, are reviewed. At first, lack of precision and of clear limits of the category and the problems implicit in the methodological and practical ground are stated. Next, exploring the boundaries of masculinity inside of gender category and finally an approach is proposed. This will conceive the masculine figure as a social subject which places itself in a position of control, authority and with privileges in the socially organized relationships and activities. The definition of this social subject refers to the body male of the human species, without being determined by the biological body. Masculinity as a heuristic tool can contribute to the understanding in different aspects such as family relationships, work relationships, sexuality, health, education, participating in politics, violence. This takes place in all those realms where relationships are hierarchically organized, and which result in disadvantageous situations for some as females, and of dominion and privilege for others males.

Michael Kimmel [1992] afirma que “hoy en día, si un texto no tiene la palabra ‘mujeres’ en el título, probablemente trate acerca de los hombres”, mientras

* Este trabajo es producto de un esfuerzo compartido a partir de intereses comunes y de la revisión crítica de los aportes más recientes en el tema, dentro de un seminario sobre masculinidad realizado en el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG/UNAM). Discutimos algunos problemas centrales del estudio de la masculinidad con invitados (as) especiales como Ondina Fachel, Víctor Seidler, Robert Connell o Matthew Gutman y con los y las participantes regulares. En este trabajo se ha intentado construir una posición en este campo inestable y heterogéneo; este artículo es una contribución inicial a ese planteamiento aún inacabado.

** UNAM.

*** Colmex

Scott Coltrane [1994] sostiene que los textos sobre varones son tan antiguos como el saber mismo. Sin embargo, incluso las hipérbolos tienen una base real: proliferan los libros, artículos, seminarios y conferencias sobre los hombres; la masculinidad se convirtió en un tema popular en el mundo capitalista desarrollado, sus textos destacan entre los más vendidos, y los más populares programas de televisión se ocupan de ellos. [Segal, 1990; Connell, 1995; Petersen, 1998]

Sin embargo, el campo categorial no está todavía firmemente establecido y falta resolver algunas preguntas para colocar a esta categoría, por derecho propio, en las ciencias sociales.

Por otra parte, y no sólo porque la historia fue durante mucho tiempo androcéntrica, la bibliografía sobre varones es bastante antigua; textos clásicos como *La Ilíada* o *La Odisea*, más modernos como la serie de *Los Rougon-Macquart* (publicada entre 1871 y 1893), de Émile Zola, o *Los Buddenbrooks* (en 1900), de Thomas Mann, por citar sólo algunos ejemplos, contienen un valioso análisis de los varones. Si pensamos en las ciencias sociales, muchos de los trabajos de la Escuela de Chicago o los estudios pioneros en antropología tratan abundantemente sobre los varones. Autores como Freud en los primeros años del siglo XX ya habían incluido esa categoría en sus estudios; Fromm, en la década de 1950 en México, también escribió sobre el tema.

Los países angloparlantes (en especial Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá y Australia) llevan la delantera; en idioma francés (principalmente en Francia y Canadá) también existe una producción importante sobre estos temas. Además de los trabajos de Elisabeth Badinter, hay que recordar los de Maurice Godelier, Pierre Bourdieu y de muchos otros y otras, publicados en libros o en revistas como *Actes de la recherche en sciences sociales*, *Nouvelles questions féministes* (Francia), *Recherches féministes* (Quebec, Canadá), entre otros. Sin embargo, no son los únicos; como destaca Connell [2000 a], también podemos encontrar una preocupación sobre esta temática en Alemania o en los países escandinavos y otros países europeos, así como en Sudáfrica o Japón.

Con cierta demora cronológica con respecto a los países desarrollados, los estudios de masculinidad también surgieron en América Latina.¹ Aquí, como en los

¹ Como en otras regiones, en el ensayo, la literatura y en menor medida en la investigación, el interés por el varón estuvo presente desde antes. Quizás una característica compartida era la de pensar en una imagen única de masculinidad, sin tener en cuenta clases, etnias ni, por supuesto, género. En México pueden citarse desde Fernández de Lizardi [1961], hasta Ramos [1934], Garizurieta [1949], Paz [1972] o Ramírez [1977] y en la novela, Yáñez [1993], Rulfo [1975], Fuentes [1962] entre otros; véanse revisiones críticas de esta creación del "hombre mexicano" en Bartra [1996] y Lomnitz-Adler. [1995] De otros países destacan Güiraldes [1982] o Martínez Estrada [1932] en Argentina, la poesía de Pablo de Rokha, en Chile y de Mario Benedetti, en Uruguay. La relectura de ensayo, novela, poesía y la revisión del cine en clave de masculinidad, proporciona muchos indicadores para comprender los actuales modelos de ser hombre en nuestra región.

otros países, las producciones feministas se desarrollaron en los noventa (con unos pocos ejemplos en los últimos años de 1980), cuando el hombre y la masculinidad crecieron como objetos de estudio. No hemos realizado un análisis exhaustivo, pero encontramos publicaciones e investigaciones de calidad diversa sobre masculinidad en muchos países latinoamericanos y del Caribe. En varios de ellos se imparten cursos sobre masculinidad (generalmente diplomados) y *curricula* de estudios de género que incluyen, con mayor o menor extensión, seminarios y cursos de masculinidad en sus programas docentes. [Véase Valdés y Olavarría, 1997] También se han formado colectivos masculinos contra la violencia en Argentina, México, Nicaragua, Puerto Rico, Uruguay y otros países.

Por otra parte, en el mundo hispanohablante destaca la difusión que han tenido autores como Robert Bly, Robert Moore o Douglas Gillette —cuyos trabajos han sido publicados por editoriales de gran tiraje—, y la producción autóctona de trabajos en esa línea, entre los cuales destacan Sócrates Nolasco en Brasil y Juan Carlos Kreimer en Argentina.

Siendo esta una muestra sesgada, estas líneas deben leerse con cuidado; revisando la bibliografía de los trabajos presentados en Valdés y Olavarría [1997, 1998] puede verse que los temas más discutidos tienen relación con la salud reproductiva y con la pandemia del SIDA, así como la violencia doméstica y la sexual, la identidad masculina, el cuerpo, la sexualidad, la masculinidad hegemónica o el machismo.

Creemos que esta temática se debe a dos circunstancias vinculadas más con las políticas públicas que con la producción académica: por un lado, las políticas de intervención planteadas legítimamente por las ONG's y, por otro, los intereses de los gobiernos en el crecimiento poblacional y las acciones gubernamentales establecidas, como el control de natalidad, la planificación familiar y los programas de salud reproductiva.

Con esto no se dice que la preocupación teórica no esté presente en los autores y autoras latinoamericanos que se ocupan del tema sino que se encuentran diferentes enfoques al revisar estos trabajos y muchos de los producidos en Europa, los Estados Unidos o Australia, por ejemplo, los de Harry Brod, Robert Connell, Michael Messner o Lynn Segal, por citar algunos.

CATEGORÍA BORROSA

Los estudios de masculinidad todavía tienen problemas e inconsistencias, que en gran parte se deben las siguientes causas: por un lado, los diferentes planteamientos teóricos y metodológicos de quienes estudian el tema;² por otro, las diferentes

² Por ejemplo, en el campo metodológico y técnico las diferencias hacen difícil integrar o contrastar evidencias empíricas; la medición de la masculinidad a través de escalas como la Likert, que la asumen

perspectivas disciplinarias, como la psicología, la sociología o la antropología y por último, la pretensión de las diferentes ciencias sociales de dar cuenta de la masculinidad por sí solas, como si se pudiera explicar el género desde un único plano de análisis.

Como señala Coltrane [1994], masculinidad es todavía un concepto con límites borrosos e imprecisos. Dentro de las diferentes interpretaciones, existen posiciones que consideran a la masculinidad como: *a*) un atributo personal que se puede medir y que los individuos poseen en diferentes magnitudes, *b*) un rasgo de personalidad más o menos permanente, *c*) una esencia profunda inscrita en la naturaleza de los hombres, *d*) un papel en la organización social que se cumple como protector, autoridad, proveedor, entre otras funciones, *e*) es lo que hacen los hombres, *f*) o lo que hacen los hombres para ser hombres como tareas de identidad, *g*) lo que significa ser hombre, *h*) una ideología, *i*) una representación cultural, *j*) una configuración de prácticas. [Connell, 1995 y 2000 *a*; Guttman, 1996; Brittan, 1989] Esta diversidad ha dado origen a posiciones contradictorias, limitadas e incluso irreconciliables.

Según Segal [1990] la categoría es poco clara; por su parte, Cornwall y Lindisfarne [1994:29] señalan que numerosos trabajos aportan importantes etnografías pero pocas contribuciones teóricas. Asimismo, Clatterbaugh [1990, 1998] critica el carácter anecdótico de muchos trabajos y el hecho de que se generalice hacia todos los varones la experiencia individual de algunos y reitera que las definiciones de masculinidad son vagas, circulares, inconsistentes y poco satisfactorias; Hearn y Collinson [1994:94] sostienen que disciplinas como la antropología, la psicología social, el psicoanálisis y también la sociología, la ciencia política o la economía, plantean las categorías de varones o mujeres establecidas *per se*, pero sin elaboración teórica y muchas veces ubicadas en un entorno naturalístico más que cultural; Guttman [1997] sostiene que muchos antropólogos no toman en cuenta el carácter oscilante de conceptos como los de identidad masculina, hombría, papeles masculinos y otros, y que los emplean como si fueran sinónimos, cuando su uso construye distintas explicaciones de la realidad.³

Por otro lado, se encuentran las posiciones y estrategias políticas que influyen en los aspectos teóricos y metodológicos. En este aspecto, podemos encontrar dos posiciones polares y sus posibles combinaciones; una de ellas naturaliza, reproduce y legitima la dominación de un grupo de sujetos con los cuerpos sexuados del macho

como un rasgo de personalidad, es difícil de reconciliar con los análisis interpretativos que la consideran como una posición en el discurso.

³ Algunos autores Hearn [1996] y Hearn y Collinson [1994] han cuestionado la utilidad del concepto "masculinidad" frente a la confusión prevaiente en este campo. Proponen como alternativa el concepto de "hombres", pero esta aproximación no reconoce que la masculinidad trasciende el cuerpo biológico y remite más a una posición dentro de las relaciones y las actividades humanas que a individuos específicos.

de la especie humana⁴ sobre otros grupos; la otra intenta modificar esa situación. En el primer caso, está el movimiento mitopoético que pretende restituir los privilegios que supuestamente han "perdido" los hombres con las actuales transformaciones sociales.⁵ [Bly, 1992; Moore y Gillette, 1993; Kreimer, 1991] Paradójicamente, en el segundo caso están muchos de aquellos teóricos que, con la creación de la llamada "nueva masculinidad" o "el hombre nuevo", intentan eliminar cualquier forma de opresión sobre las mujeres, sin embargo, mantienen las dicotomías creadas a través del género, afirmando así las diferencias y reforzando la distancia entre individuos creada por el sexo.

Las diferentes aproximaciones teóricas sobre la masculinidad pueden ser ubicadas en dos grandes grupos de acuerdo a su posición respecto al género. Es decir, cuando se estudia la masculinidad, uno no se coloca automáticamente en los estudios de género sino que antes es necesario dejar claro cómo se asume la relación entre género y masculinidad, que se puede establecer desde tres diferentes perspectivas:

1. Considerar a la masculinidad fuera de la categoría de género, fincada en la biología, como algo natural o como un rasgo ahistórico. Esta aproximación aborda la masculinidad como un fenómeno que responde a mecanismos biológicos o cuasi-naturales, por ejemplo, que las hormonas o características neuronales explican las diferencias con las mujeres y justifican rasgos tipificados como masculinos: la violencia y la sexualidad compulsiva, entre otros.
2. Asumir que la masculinidad es parte del género, pero que puede ontologizarse y asumirse como un rol, una identidad, una ideología; siendo parte del género, puede ser una configuración de prácticas situada en una formación social particular, como señala Connell [1995], de la sociedad occidental.
3. Abordar la masculinidad como parte del género a nivel heurístico, refiriéndose a una parte de esa dimensión de diferenciación y jerarquización social a la que alude el género, en el que intervienen procesos de naturaleza sociocultural e histórica y por lo tanto que no se puede reducir a la biología.

Sin embargo, al ubicar el estudio de la masculinidad como parte del género, también es necesario que se reconozca que el campo de los estudios de género no es uniforme, estable y sin problemas sino que dentro de esos estudios se pueden ob-

⁴ El enfoque de artículo no establece sólo dos sexos; por el contrario, reconoce la diversidad respecto a las características biológicas entre los humanos y toma en cuenta la discusión sobre los llamados intersexos, que sobresale en la construcción simbólica que se realiza para distinguir los grupos humanos de acuerdo a dos sexos.

⁵ Véanse críticas a posición en Ferber [2000], Connell [1995], Kimmel y Kaufman [1994] y Schwalbe [1998].

servar diversas y contrapuestas aproximaciones. Las tensiones y contradicciones en la teorización del género se reflejan en los estudios de la masculinidad, por lo tanto, al incursionar en el uso de esta categoría, es importante establecer la aproximación sobre el género que se asume.

¿QUÉ ES EL GÉNERO?

En este trabajo se aborda al género como una dimensión constitutiva de las relaciones sociales, donde se articulan desigualdades y jerarquías en torno a las características biológicas de la especie humana ligadas al sexo,⁶ con sus propios mecanismos de construcción y reproducción. El género, como un espacio de organización de las relaciones y actividades humanas, establece distancias sociales a partir de la diferenciación jerárquica de los cuerpos sexuados en todos los espacios y estructuras sociales. Es decir, se construye en la sociedad como un todo, en las instituciones, espacios de intercambio económico, normas, valores, creencias, representaciones colectivas, medios semióticos y en la experiencia subjetiva.⁷ [Scott, 1996; De Barbieri, 1998; Connell, 2000 b]

En la dimensión de género, las características biológicas ligadas al sexo son la referencia para la organización de la sociedad y la subjetividad, pero la reproducción biológica no es el origen ni moldea la organización de las actividades humanas y las relaciones sociales. La organización social con base en el género y el escenario reproductivo que comprende la vida sexual, las posibilidades procreativas, la crianza y cuidado infantil, siempre se realizan, como señala Connell [2000 b], a través de la elaboración sociocultural y su reconstrucción simbólica en el plano individual.

La elaboración o construcción sociocultural y subjetiva de las diferencias biológicas ligadas al sexo no es arbitraria, responde a procesos sociohistóricos (para los cuales se han propuesto diversas explicaciones que dependen de las aproximaciones teóricas); en todo caso, una explicación comprensiva necesita incluir las transformaciones de las relaciones materiales alrededor de las cuales se han establecido los grupos humanos y los procesos simbólicos que las sostienen.

Conforme la posición de Connell [2000 a y b], podemos proponer que el género es el resultado de la relación entre la producción y la reproducción. En el proceso de

⁶ La elaboración simbólica de características biológicas comienza con la categorización de los rasgos ligados al sexo, dando lugar a las categorías "hembra" y "macho"; a partir de estos cuerpos sexuados se derivan las de "mujer" y "hombre", respectivamente.

⁷ El género, dimensión de diferenciación social, se interrelaciona con otras categorías que establecen distancias sociales y ordenan la realidad sociocultural e individual, categorías como la nacionalidad, la clase y la raza, o cualquier otra dimensión relevante para el ordenamiento de cada sociedad particular. [Hawkesworth, 1999; Foster, 1999; De Barbieri, 1998; Connell, 2000] La organización jerárquica de la sociedad se transforma históricamente y por lo menos en el plano teórico podría dejar de existir en algún momento del desarrollo sociohistórico.

institucionalización de esta relación se conforman los sujetos sociales, uno de ellos tendrá un papel preponderante en la acumulación de la riqueza en el caso de —la sociedad capitalista— y con ello tendrá mayor control sobre los recursos materiales y sus beneficios. Otro sujeto se encargará de la reproducción, el cuidado y crianza infantil, del trabajo doméstico que no recibe paga; como resultado, tiene menor acceso al control de los recursos.

El establecimiento de la simbolización (colectiva y subjetiva) de la relación entre producción y reproducción ocurre al implantar las diferencias y categorías de individuos dentro de las actividades sociales, colocándolos de forma jerárquica en diferentes actividades y posiciones dentro de ellas. El rasgo fundamental de las relaciones entre los géneros son las inequidades en todos los ámbitos de la vida humana.

Al constituirse como uno de los ejes de diferenciación social, el género interactúa con otras dimensiones de organización, es decir, influye en ellas y es influido por éstas, como la clase, la raza o etnia y la etapa del ciclo de vida. Un ejemplo es la interacción con la clase; en cada una de éstas la relación entre producción y reproducción se soluciona de forma particular, creando sujetos que se ubican en posiciones y jerarquías diferentes respecto a los medios de producción. Sin embargo, en términos de género, los varones que ocupan estas distintas posiciones se unifican frente a quienes se encargan de la reproducción; el género masculino tiene mayor control sobre los recursos y privilegios que quienes se encargan de lo doméstico.

Por último, aquí se adopta la posición planteada por Hawkesworth [1999]; es decir, se considera al género como una categoría heurística que permite identificar problemas y proponer conceptos, definiciones e hipótesis. Según Foster [1999] la conversión en una categoría analítica guía la investigación en las intrincadas relaciones entre los procesos sociales, culturales y subjetivos que participan en el ordenamiento social dentro de los múltiples planos, desde el escenario macrosocial hasta el micros social y el ámbito individual.

¿QUÉ SIGNIFICA PLANTEAR LA MASCULINIDAD DENTRO DEL GÉNERO?

Tomando en cuenta que existen otras aproximaciones, en este trabajo se intenta dar inicio a una interpretación de la masculinidad que sea coherente con la interpretación del género esbozada anteriormente. Se trata de una tarea larga, con muchas dificultades, que exigirá no solamente una reflexión rigurosa en lo teórico sino también investigaciones de campo estrictas en su metodología, en su planteamiento teórico y al interpretar los resultados; cerrar el círculo de la producción de conocimiento abstracto-concreto-abstracto, llevará todavía mucho tiempo. El objeto de

esta propuesta es comenzar un análisis de un camino con mayor capacidad teórica y que estimule el diálogo entre diferentes disciplinas sociales.

Plantear la perspectiva de género significa rechazar las posiciones esencialistas y sostener que tanto lo masculino como lo femenino (y otros géneros que pudieran existir) son construcciones sociales. En otras palabras, el significado será histórico, determinado por las relaciones sociohistóricas de cada sociedad y de las etapas por las que transite. Hablar de género significa mantener una perspectiva relacional; es decir, no es posible entender a los varones sin referirse a las mujeres (y viceversa) y, al mismo tiempo, sin vincularlos (as) con otros sistemas de diferenciación social. Esta perspectiva relacional no sólo ocurre entre hombres y mujeres, es decir, en el plano individual sino también en el plano estructura, en aspectos sociales, institucionales, jurídicos, etcétera. Tal dimensión de organización jerárquica de la sociedad se transforma históricamente y por lo menos en el plano teórico podría postularse que quizá dejará de existir en algún momento del desarrollo de la humanidad.

Para establecer nuestra visión de la masculinidad es necesario dejar en claro previamente cómo se asume la relación de ésta con el género. Además de considerarla fuera del mismo —posición que por razones obvias no se recoge aquí—, habría dos diferentes perspectivas. Una de ellas es postular la masculinidad como parte del género, pero ontologizarla y proponerla como un rol, una identidad, una ideología, una configuración de prácticas situada en una formación social particular; otra perspectiva sería abordarla en el plano analítico, referida a una parte de esa diferenciación y jerarquización social que señala el género. En este último sentido, sería el ámbito de dominación de unos individuos sobre otros, con cuerpos sexuados y capacidades reproductivas diferentes.

Como parte del género en el sentido heurístico, la masculinidad definirá una parte de la realidad social que puede ser estudiada por diversos enfoques disciplinarios, los cuales acotarán aspectos particulares de la dominación masculina como sus objetos de estudio. Como herramienta analítica, comprenderá la formulación de interrogantes, problemas de investigación, conceptos y explicaciones tentativas de esos procesos y mecanismos a través de los cuales se produce y reproduce la dominación de unos individuos con cuerpos sexuados sobre otros, en contextos históricos y socioculturales específicos. Cada disciplina y teoría que esté dentro de ella, definirá desde su plano de análisis particular (sociológico, antropológico, psicológico, etcétera) un objeto de estudio que pueda dar cuenta de los procesos y mecanismos que participan en la producción y reproducción masculina.

La masculinidad se define como una categoría del sistema de género y constituye a un sujeto social que se ubica en una posición de control, autoridad y con privilegios en las relaciones y actividades organizadas socialmente. La definición de este

sujeto social alude al cuerpo del macho de la especie humana, pero no está determinada por el cuerpo biológico.

Es decir, la masculinidad como parte del género se refiere al cuerpo del macho, pero es la institucionalización, la codificación cultural y la reconstrucción subjetiva de esa posición de dominio en el sistema de género, la que conforma al sujeto masculino. Tampoco se limita a los individuos reconocidos con el sexo del macho de la especie humana; dentro de las relaciones homosexuales y lésbicas con frecuencia uno de los miembros de la pareja se ubica en la posición de dominación masculina.⁸

Este lugar o posición de dominación, desde el cual se intenta subordinar a otros individuos (los cuales pueden ejercer resistencias), considerado como una categoría analítica, se articula en tres dimensiones constitutivas:

Dimensión social. Se refiere a la organización social de las prácticas de acuerdo con la clasificación de los individuos, tomando en cuenta las características atribuidas socialmente a unos y otros cuerpos sexuados. La valoración y división de las prácticas puede ser diferente para cada grupo sociocultural. Por ejemplo, a quién se le permite tener relaciones sexuales fuera del matrimonio, quién debe cuidar a los hijos e hijas cuando están enfermos, quién se responsabiliza de la anticoncepción, quién ejerce la violencia sexual. En esta dimensión también están las normas formales e informales que regulan las relaciones entre los individuos sexuados.

En su desarrollo histórico, las instituciones definen al sujeto masculino en el momento que toman una posición jerárquica sobre otros, aludiendo a las diferencias biológicas del macho y la hembra humanas. La elaboración de esas diferencias se formaliza, por ejemplo, en los códigos de familia que le atribuyen autoridad permitiendo el control sobre los recursos materiales y sobre los otros miembros de la familia o, durante mucho tiempo, en la definición del concepto de ciudadano en la Constitución Política.

Asimismo, la masculinidad se institucionaliza como la posición de mayor jerarquía a través del establecimiento de criterios y normas que se obedecen en la organización de los lugares de trabajo; cuando se contrata personal se especifica el sexo para realizar cierta actividad. Los puestos de toma de decisiones o aquellos que requieren agresividad son destinados generalmente para los sujetos masculinos.

Dimensión cultural. Engloba las codificaciones o representaciones compartidas colectivamente, que establecen en el plano simbólico las diferencias construidas socialmente entre los individuos a partir de sus características corporales y sus potencialidades reproductivas. Existen múltiples representaciones que adjudican a lo

⁸ También en parejas heterosexuales, el varón puede tener una posición de subordinación (aunque sea menos frecuente).

masculino la fuerza o la racionalidad; [Seidler, 1994] la producción de pornografía en cine o prensa también ofrece imágenes en donde la mujer es sometida a todas las vejaciones imaginables. En cualquier ámbito, las relaciones entre los sexos se codifican; en los medios masivos de comunicación, en el arte, la ciencia y la religión, las mujeres son presentadas generalmente como subordinadas a los sujetos y reglas masculinas. La elaboración simbólica en el espacio colectivo puede contribuir a la naturalización de las relaciones de dominación hasta resultar naturales e invisibles.

En la codificación cultural se define al sujeto masculino en una posición de control, que puede dominar a los otros y que tiene privilegios que no pueden gozar los subordinados, por ejemplo, disponer libremente de los recursos materiales o regular el tiempo y tránsito en los espacios el libre acceso a la sexualidad.

Dimensión subjetiva. Se refiere a la reconstrucción interna que cada individuo mantiene y negocia dentro de su contexto social. Esta construcción individual determina las formas en que sienten, piensan, actúan y se relacionan las personas. La subjetividad es dinámica, responde e influye en la organización social y mediación cultural entre los géneros. La configuración sociocultural de la masculinidad se cristaliza en la experiencia individual como cuando un individuo asume que tiene el derecho sobre el cuerpo y erotismo del otro porque lleva "dinero al hogar"; da por hecho que a él no le corresponde faltar al trabajo para cuidar a un hijo enfermo o que tiene el derecho de golpear al que le desobedece en la familia. En esta reconstrucción, los individuos pueden reproducir el posicionamiento de dominio o bien, contestarlo.

Como parte del género y actuando como herramienta heurística, la masculinidad comprende estas tres dimensiones también en relación con otras divisiones sociales, como la clase, la raza o cualquier otro ordenamiento relevante para cada sociedad. Es inevitable asumir que la dominación implica, por un lado, la relación entre sujetos dentro de prácticas organizadas socialmente y la existencia de sujetos diferentes, tanto dominantes como dominados y, por otro, tener en cuenta que en cada formación social este tipo de dominación se concretizará de manera particular.

Al concebir a la masculinidad como posición de dominación frente a otros sujetos de género, es innecesario hablar de "masculinidades", como lo hace Connell [1995], pues lo que define a la masculinidad no son rasgos particulares de conducta, de afectos o de pensamiento sino su posición de dominio construida socioculturalmente en alusión a los rasgos biológicos que se reconocen en el varón o macho de la especie humana. En la construcción del sujeto masculino participan los mecanismos sociales, culturales y subjetivos que operan sobre los elementos particulares del contexto sociohistórico, como por ejemplo, las actividades productivas, los ri-

tos, la reconstrucción histórica de los eventos fundantes de los grupos sociales o las creencias sobre la crianza.

La diversidad histórica y social de la constitución del sujeto masculino se define por la acción de los distintos mecanismos sobre los elementos materiales y simbólicos particulares en diferentes grupos sociales. De esta forma, los individuos particulares se relacionan y experimentan su realidad desde la posición del sujeto masculino que cada contexto les permite, pero como señala Shore [1999], con un espacio para resistir y contestar a esas formas de posicionamiento dentro de las relaciones sociales y experiencias individuales.

El propósito fundamental de estudiar la masculinidad es entender cómo se construye y reproduce el lugar de la dominación en las relaciones de género. Esto permite desnaturalizar las formas de dominación masculina, hacerlas visibles, terminando con las fronteras entre los géneros. Las estrategias contra la dominación masculina deben ser diversas, reconociendo la complejidad de su construcción social, cultural e individual, de tal forma que se emprendan acciones para la transformación de las leyes, los códigos, las reglas de distribución espacial, con el propósito de romper las barreras que impiden a hombres y mujeres transitar en distintos espacios y prácticas. Es necesario también transformar las producciones culturales, como los discursos de los medios, y modificar las relaciones con las compañeras, esposas, hijos e hijas y con otros hombres, otorgando otras posibilidades para el desarrollo personal que permitan experimentar (pensar, sentir y actuar) a los individuos las relaciones con equidad y respeto de los derechos de las mujeres, menores de edad y otros hombres.

NECESIDAD DE CONSTRUIR LA MASCULINIDAD COMO UNA CATEGORÍA ANALÍTICA

De acuerdo con lo planteado en este artículo, pensar la masculinidad como una categoría analítica (y no simplemente empírica) permite identificar problemas, proponer conceptos, definiciones e hipótesis. [Hawkesworth, 1999] Las ventajas de tal posición son las siguientes:

1. Comprender los planos individual y social, la historia y las estructuras, el cuerpo, las normas, las prácticas sociales y sus significados culturales.
2. El reconocimiento de que el género se organiza en relación con otros sistemas de diferenciación social.
3. La masculinidad, como parte del género, tiene una autonomía relativa que debe ser tomada en cuenta en las investigaciones. Dicho de otra manera, cuando ve-

mos que la masculinidad de la clase obrera es distinta de la expresada por un individuo de la burguesía, por ejemplo, ello se debe a que cada una de esas clases tiene una organización de género específica (aunque ambas compartan la dominación masculina).

4. Al situar la masculinidad en la sociedad, destaca la importancia de su estructuras en la construcción (el mundo del trabajo, de la escuela, de la familia y el parentesco serían posiblemente las más importantes pero no las únicas; habría que agregar, por ejemplo, la legislación, el aparato judicial); esto implica no olvidar los aparatos ideológicos del Estado, en el sentido que les dio Gramsci.
5. Para algunos países latinoamericanos con presencia importante de civilizaciones prehispánicas (México, Perú, Guatemala, Bolivia, Ecuador) o de origen africano (Brasil), aunque la masculinidad está marcada con el sello occidental, habría que investigar las transformaciones que pudieron sufrir las organizaciones de género con el entrecruzamiento de la perspectiva occidental y la prehispánica o la africana.

¿CÓMO ESTUDIARLA?

Algunas líneas útiles para comenzar un análisis de la masculinidad y entenderla como parte integrante de las relaciones de género son las siguientes:

1. Esta posición permite conocer los planos individuales y sociales, la historia y las estructuras, el cuerpo y sus expresiones, las prácticas sociales y sus significados culturales.
2. Posibilita comprender que la masculinidad tiene una autonomía relativa frente al género y a los otros sistemas de diferenciación social. Hay aspectos de la dominación de los hombres que sólo pueden explicarse a partir de la esfera de la masculinidad, independientemente de que ese sujeto pertenezca a la clase obrera o sea integrante de la burguesía.
3. Destaca la importancia de las estructuras en la construcción de un sujeto social dominante a partir de la elaboración de las diferencias biológicas ligadas al sexo.
4. Considera la participación en el desarrollo de un sistema de organización social respecto al género de los procesos históricos de conformación de las sociedades en el continente americano. El enfoque teórico más adecuado, entonces, será aquel que permita explicar los sistemas sociales en términos de las acciones individuales (incluidas las emociones) y colectivas, refiriendo ambas al contexto social (en otras palabras, que no explique exclusivamente la relación micro-macro como lo hace el individualismo, o la macro-micro como sucede con el holismo. [Bunge, 1996])

Todo ello requiere un trabajo empírico riguroso, una investigación de campo que permita comprobar, corregir y reformular las hipótesis planteadas o proponer unas nuevas, de acuerdo con las realidades concretas de la sociedad y momento histórico que queremos estudiar.

En suma, un objeto de estudio con fronteras todavía no totalmente definidas nos obliga, más que en otras investigaciones, a saber leer los datos producidos por distintas disciplinas además de la propia; llegar a ellas con un espíritu libre de preconcepciones (o conocerlas y luchar contra ellas); profundizar en el análisis crítico sin quedarse en la superficie de los datos; buscar las contradicciones posiblemente existentes; saber interrogar tanto a los y las entrevistadas como a los documentos y las instituciones y por último, a considerar que el estudio de la masculinidad es multidimensional y tiene varios planos. Una tarea compleja, pero excitante.

CONCLUSIONES

Como corresponde a un trabajo que se ha iniciado pero de ninguna manera ha llegado al fin del camino, estas reflexiones deben ser entendidas sólo como consideraciones preliminares. No son posiciones definitivas sino puntos sobre los cuales basar una línea de pensamiento.

Cuando las aproximaciones a la masculinidad colocan el análisis solamente en el discurso y dejan de lado los beneficios materiales que tienen aquellos que están ubicados en la posición masculina, se olvidan de uno de los aspectos externos al sujeto y que lo determinan en parte. Y como señala MacMahon [1999], cuando se olvidan esos intereses materiales que mueven a los sujetos masculinos, como en las propuestas del nuevo hombre o nueva masculinidad, se está favoreciendo otra vez a los varones.

La masculinidad como categoría heurística permitirá incursionar en la comprensión de los diferentes ámbitos y problemas sociales e individuales, como las relaciones familiares, las relaciones en el trabajo, la sexualidad, la salud, la educación, la participación política la violencia, no como un objeto en sí mismo sino como una dimensión de la organización de la vida humana.

No se debe reducir la masculinidad a los hombres, ya que ésta trasciende al cuerpo, por lo tanto, la búsqueda del nuevo hombre o la reforma a la masculinidad no resuelve la diferenciación y su relación jerárquica.

La comprensión de los procesos que subyacen a la construcción de la masculinidad debe tomar en cuenta las relaciones materiales, especialmente las ligadas a la producción y control de la riqueza, así como a la simbolización de las prácticas y sus relaciones. El que no sueña, muere y el que sólo sueña, entra en un deliro sin fin.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, Roger

1996 *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo.

Bloch, Marc

2001 *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE.

Bly, Robert

1992 *Hombres de hierro. El libro de la nueva masculinidad*, Buenos Aires, Planeta.

Brittan, Arthur

1989 *Masculinity and Power*, Oxford, Blackwell.

Bunge, Mario

1996 *Finding Philosophy in Social Science*, New Haven y Londres, Yale University Press.

Clatterbaugh, Kenneth

1990 *Contemporary Perspectives on Masculinity, Men, Women and Politics in Modern Society*, Thousand Oaks, Sage.

1998 "What is Problematic about Masculinities", vol. 1, núm. 1, pp. 24-45.

Coltrane, Scott

1994 "Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science", en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*, Sage, pp. 39-60.

Connell, Robert

1995 *Masculinities*, Los Angeles, University of California Press.

2000a "Understanding Men: Gender Sociology and the New International Research on Masculinities", conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad de Kansas, 19 de septiembre.

2000b *The Man and the Boys*, Australia, Allen and Unwin.

Cornwall, Andrea y Nancy Lindisfarne

1994 "Dislocating Masculinity. Gender, Power and Anthropology", en *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 11-47.

De Barbieri, Teresita

1998 "Acerca de las propuestas metodológicas feministas", en E. Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, UNAM, pp. 103-139.

Ferber, Abby

2000 "Racial Warriors and Weekend Warriors: The Construction of Masculinity in Mythopoetic and White Supremacist Discourse", en *Men and Masculinities*, vol. 3, núm. 1, julio, pp. 30-56.

Fernández de Lizardi, José Joaquín

1961 *El periquillo sarniento*, México, Porrúa.

Foster, J.

1999 "An Invitation to Dialogue: Clarifying the Position of Feminist Gender Theory in Relation to Sexual Difference Theory", en *Gender and society*, pp. 431-456.

Fuentes, Carlos

1962 *La muerte de Artemio Cruz*, México, FCE.

Garizurieta, César

1949 *Realidades mexicanas*, México, Biblioteca Enciclopédica Popular, SEP.

Güiraldes, Ricardo

1982 *Don Segundo Sombra*, México.

Guttman, Matthew

1997 "Trafficking in Men. The Anthropology of Masculinity", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 26, pp. 385-409.

Hawkesworth, Mary

1999 "Confundir el género (*confounding gender*)", en *Debate Feminista*, México, año 10, vol. 20, pp. 3-48.

Hearn, Jeff

1996 "Is Masculinity Dead? A Critique of the Concept of Masculinity/Masculinities", en M. Mac an Ghaill (eds.), *Understanding Masculinities*, Philadelphia, Open University Press, pp. 35-57.

Hearn, Jeff y David Collinson

1994 "Theorizing Unities and Differences Between Men and Between Masculinities", en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*, California, Sage, pp. 97-118.

Kimmel, Michael

1992 "La producción teórica sobre la masculinidad", en *Fin de Siglo. Género y cambio civilizatorio*, Isis Internacional/ Ediciones de las mujeres, núm. 17.

Kimmel, Michael y Michael Kaufman

1994 "Weekend Warriors: The New Men's Movement", en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*, California, Sage, pp. 259-288.

Kreimer, Juan Carlos

1991 *El varón sagrado. El surgimiento de una nueva masculinidad*, Buenos Aires, Planeta.

Lomnitz-Adler, Claudio

1995 *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Joaquín Mortiz-Planeta.

Martínez Estrada, Ezequiel

1932 *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Losada.

McElhinny, Bonnie

1994 "An Economy of Affect: Objectivity, Masculinity and the Gendering of Police Work", en A. Cornwall y N. Lindisfarne (eds.), *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, London, Routledge, pp. 159-171.

MacMahon, Anthony

1999 *Taking Care of Men: Sexual Politics in the Public Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.

Moore, Robert y Douglas Gillette

1993 *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*, Barcelona y Buenos Aires, Paidós.

Paz, Octavio

1972 *El laberinto de la soledad*, México, FCE.

Petersen, A.

1998 *Unmasking the Masculine: "Men" and "Identity" in a Sceptical Age*, Londres, Sage.

Ramírez, Santiago

1977 *El mexicano; psicología de sus motivaciones*, México, Enlace-Grijalbo.

Ramos, Samuel

1934 *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa Calpe Mexicana.

Rulfo, Juan

1975 *Pedro Páramo y El llamo en llamas*, México, Planeta.

Scott, Joan

1996 "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en M. Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, Miguel Angel Porrúa-Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, pp. 265-302.

Schwalbe, Michael

1998 "Mythopoetic Men's Work as a Search for *Communitas*", en M.S. Kimmel y M.A. Messner (comps.), *Men's Lives*, Boston, Allen & Unwin, pp. 565-577.

Segal, Lynn

1990 *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, Londres, Sage.

Seidler, Víctor

2000 *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Paidós.

Valdés, Teresa y José Olavarría

1997 *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Santiago de Chile, ISIS Internacional/FLACSO.

Yañez, Agustín

1993 *Al filo del agua*, México, CONACULTA.